

JOSÉ DE CORA

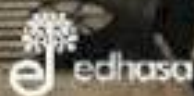


EL ESTORNUDO DE LA MARIPOSA

Los Garbo contra Hitler



NARRATIVAS HISTÓRICAS
CONTEMPORÁNEAS



EL ESTORNUDO DE LA MA- RIPOSA

JOSÉ DE CORA

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición impresa: septiembre de 2016
Primera edición en e-book: septiembre de 2017

© José de Cora, 2016
© de la presente edición: Edhasa, 2016
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4658-9

Araceli y Juan,
los protagonistas de esta historia,
guardan un asombroso parecido
con el matrimonio homónimo español
que urde engañar a Hitler y facilita
el desembarco aliado en Normandía.

*A Araceli y su familia.
A Juan y la suya.*

EL ESTORNUDO DE LA MARIPOSA

I. PAISAJE

Lugo y Barcelona, dos caminos hacia Burgos

Barcelona

Las horas se marcan con el avance de la sombra sobre las paredes semidesnudas de la casa. Es la máxima actividad que puede permitirse un topo como Juan en pleno centro de Barcelona. Y mientras permanezca la monotonía, no llegará ese piquete que lo conduzca delante de un juez, de un pelotón o de un féretro. Margarita y sus padres lo tapan porque la chica piensa en el casorio y él ha dado pruebas de ser manso de ademanes y blando de corazón. Cómo no ha de serlo si desde que comienza la guerra está cosido a las faldas de la mesa camilla que los Estrucht tienen en su comedor de la calle Gerona.

Los Estrucht ignoran que su mente, al contrario que su cuerpo, es un hervidero donde borbotan las ideas políticas que han hecho de su vida una miserable existencia. Por cercanía, la República y los catalanes son hoy sus principales enemigos, los defraudadores de su confianza. Franco, ese general alzado, si llega a alguna parte, acabará cediendo el poder a la Falange, o lo que es peor, al III Reich, que ya ha eliminado los últimos rastros de democracia en Alemania y que se presenta como la bestia que ha de dominar el mundo. Juan conoce el proverbio chino de la mariposa y los efectos de su aleteo en el otro extremo del planeta. De hecho, se lo hace notar un profesor cuando estudia avicultura en Arenys de Mar. «La subsistencia de todas las aves del mundo depende de lo que haga un solo pollo a vuestro cuidado». Aquello le impresiona más allá de las normas higiénicas que el monitor pretende inculcar en sus alumnos, y

desde entonces se convence de que cualquiera, él por ejemplo, puede ser la mariposa que con su aleteo cambie el curso de los acontecimientos. Y si las alas no son suficientes, lo será su estornudo.

Lugo

Araceli es rica hembra al gusto de los mozos casaderos. No hay en ello graves discrepancias, ni ahorran palabras en el requiebro. Y quien dice solteros, casados dice, que el criterio no se pierde en los altares, ni están los tiempos para escatimar al ojillo bellas estampas, tan diferentes a esos retratos de Franco y José Antonio que la Sección Femenina obliga a incluir en los paquetes que todas las madrinas reúnen bajo el nombre de Aguinaldo del Combatiente, ya cercano en estas fechas de fríos cortantes y nieblas intensas. Y no porque los dos hombres no sean guapos, que son luceiros, sino porque sus rostros recuerdan que estamos en guerra, quiérase o no, y es una murga.

En realidad, todo habla de la guerra. No hay forma de escaparse. Araceli es camarada enfermera y quien la vea de uniforme en Santa María, madre mía, rodeada de heridos y convalecientes, qué va a pensar sino en batallas y en trincheras; en bombas, odios y combates encarnizados. Y quien tiene la fortuna de no pisar el frente, se afana en ayudas, recolectas, donativos, en el Día sin Postre, en el del Plato Único, en libros para los soldados, prendas de lana, un poco de tabaco, botellitas de alcohol, las escarapelas del Auxilio Social, la tómbola, el óbolo, y sobre todo, en postular, postular, postular. Es la vida en retaguardia y a quien no le guste solo le queda elegir entre las trincheras o el presidio. A Frentes y Hospitales y al Hogar del Soldado se dedican las mayores atenciones. A tal fin, la banda del Regimiento de Zaragoza, dirigida por Álvarez Cancio, ha ofrecido en el Círculo un concierto extraordinario y Araceli

estuvo allí, pues tan bien suenan sus marchas, que el espíritu se levanta, te lo digo yo, que salí con ánimos para una semana y ganas de desfilas varias veces alrededor de la muralla. La música no amansa a las fieras; en este caso las vuelve marciales y triunfadoras.

Pero hoy es domingo y una vez cumplidas las obligaciones perentorias en Santa María, la misa mañanera y algo de costura para que no nos llamen vagas, quedan unas horas de respiro y parloteo, de ropa de calle sin ostentaciones, de colorete –aunque sin profanar el alivio por la muerte de papá–, de medias de seda cuidadas con esmero –que el nailon o el cristal son entelequia–, o de cine, que si estrena Leslie Howard, es a peseta la butaca y ese hombre excita pasiones, tan entero, tan señor, tan frío y caballero.

Ahora que entra en el Círculo de las Artes, caída ya la tarde, la saludan sus conocidos y la siguen las miradas de los otros. Avanza decidida sin que se le borre la sonrisa de los labios hasta sentarse en la mesa de costumbre, en la rotonda, donde la esperan sus amigas. Hoy solo acuden dos de ellas, Cachita y Angelines. Celia tiene turno de lectura a los enfermos. Walda, Esther y Eva salen con sus novios, que ésas ya se han perdido para la pandilla. ¿Casarse? Lo comentan en cada encuentro, pero no dan los números, ni las letras dan para el banquete, el traje, ni las flores. La consigna es gastar menos que un ruso en catecismos y la cumplen a punto crudo. Además, si de Araceli se habla, boda suena a puerto y a llegada, cuando ella sueña con zarpar, desplegar velas y poner rumbo, tan siquiera, a las Canarias, que es destino recurrente en la familia. Canarias tiene que ser precioso, con ese calorcito que te saluda en el amanecer y que no se va ni al acostarte. A las islas llaman Afortunadas y, para mí, afortunado es quien va a ellas.

Aquí el frío aprieta y en los cristales de Obispo Aguirre lloriquean las gotas del último aguacero. Para salir hoy a la calle, sin nadie que lo ordene bajo arresto, hacen falta más

de dos razones, y eso que las chicas sí las tienen, al menos una de éstas que dan juego a la húmeda y al chismorreo.

–¿Leíste *El Progreso*? –le pregunta Cachita por toda bienvenida.

–Sí; bueno, no. Eso sospecho, por tu toniquete y las risitas. He tenido un domingo para enmarcar, a trancas, de broncas y jaleos. ¡En el hospital creen que soy un sorche y que funciono a toque de corneta! Lo he visto por encima. Mañana tengo turno otra vez y no espero convocatorias por delante.

El periódico es tablón de anuncios para órdenes y reuniones. Todas las muchachas de Lugo, las señoras, señoritas y camaradas, están pendientes de lo que publique, pues hay turnos en colegios, cuestaciones, tómbolas y hospitales; reuniones de partido, lecturas a convalecientes, guardias, misas, comedores, costureros y hasta furrieles. Claro que con el horario de mañana ya fijado, Araceli desestima que ni la Delegación de Sanidad, ni el partido, ni Frentes y Hospitales le impongan otras tareas.

–¡Sales en los versos! –interrumpe sus quejas Angelines.

–¿Qué versos?

–Los dedicados. Hoy viene uno debajo de las órdenes de Falange.

–¡Vaya! ¡Un admirador secreto con ínfulas de Garcilaso!

–¡No! –se apresura Cachita a desmentirla–. Nada de secreto. Éste firma y tacha con nombre y apellidos a banderas desplegadas. ¿Cómo es que nada te dijeron?

–En el hospital estamos para pocas poesías. Se ha muerto el muchachito de Cuenca. Ya os hablé de él. El que perdió la pierna. ¡Pobre chico!

–Sí que es triste. Pero entonces, ¿nada?

–Nada de nada.

–Ahora verás. ¡Paco! Tráiganos el periódico de hoy. Ande, sea bueno.

–Y un té.

–¿Con aspirina?

–¿Tengo yo cara de jaqueca?

–Aquí quien toma té es que está enfermo.

–Pues yo lo tomo sana.

Paco, el viejo camarero, vuela por entre las mesas con la bandeja en exacto equilibrio y la cabeza repleta de pedidos. No es difícil para él llevar la cuenta. En el Círculo hay pocas novedades. Los mismos sillones, a las mismas horas, las mismas consumiciones. Todo lo más, si algún achaque sobreviene, el cliente establece una ligera precaución: «Paco, hoy no me echas las gotitas, que me dio la noche la vesícula».

–Unos minutos, señoritas; que don Venancio aún no lo sabe de memoria.

Don Venancio no lo memoriza, pero como ha perdido vista, se lo acerca a las narices y tarda el doble en reencontrar el hilo cada vez que levanta los ojos por encima de las gafas y sorbe un trago del cafelito.

–Entonces, ¿quién es el pollo? –se interesa Araceli sin hacerlo.

–¡Ah! –le chafa Cachita la respuesta–. ¡Tienes que adivinarlo!

–Pero ¿lo conozco? ¿Es el de bigotes de gato?

–Frío, frío.

–¡Bah! Todo por pura tontería.

Los versos dedicados ya no son lo que fueron, pero la costumbre se mantiene a duras penas, especialmente en aquéllos más talludos que entre la guerra y las privaciones corren peligro de permanente soltería y se aferran a viejas tradiciones de hacer patentes amores, de levantar pasiones en la sombra, de intrigar, o de estar en boca del mujerío, sobre todo ahora, cuando ya se habla de que esto se acaba, de que cualquier día Franco entra en Madrid y hay verbena en Las Vistillas, mira tú, con farolillos, una orquesta de ringorrango y jóvenes profesores. Y en Lugo también habrá baile, que ya es hora; que la guerra es solo frío, frío y jabones como mofletes de pepona.

Más que de amores hoy hay versos al Caudillo, versos encendidos de pasión al «Ilustre Jefe de Estado / de nuestra España triunfal / en defensa de la cual / con arrojo te has alzado». Se hacen méritos líricos y se conquistan corazones administrativos, que pronto habrá reparto de cargos y prebendas como uvas en racimos.

Por fin, don Venancio suelta la prensa y Paco, que está al quite, la rescata para sus chicas, las más lindas y risueñas en aquel conglomerado de vetustos, que ni están en la guerra porque se han pasado, ni esperan la paz porque no les llega.

—Aquí tienen ustedes. Y si algún día se pierde algún beso, acuérdense de Paco, que nada les voy a cobrar por recibirlos. Pueden elegir entre dos opciones, uno en cada mejilla, que para ser besado este cura no entiende de política.

Lo del beso no les molesta, ni les azora. Paco lo dice siempre, sin fe, pero sin rendición a una causa que no por imposible es menos deseada.

Araceli toma el diario sin prisas, con la parsimonia de quien le va a echar una rutinaria ojeada. No es una situación cómoda para ella. Sabe que es la única de las tres en condiciones de recibir versos de tapadillo, ocultos, románticos, pícaros o encendidos; pero aunque sus amigas ya hicieron por su cuenta elección de amores, no quiere parecer presuntuosa, ni deseada, ni guapa, ni nada que pueda molestarles.

Llega a la página y lee:

*Aurora luminosa de mi sino,
resplandor que alumbra cada paso,
aliento que me ayuda a seguir vivo,
calor sobre heridas que consumen.
Espero en mi pena yo cautivo
lograr la llave que tanto anhelo
y abrir las puertas al destino.*

—¡Anda la osa! ¿Y por qué sabéis que son para mí?

—¡Araceli! —exclama Angelines—. ¿No te has fijado en las iniciales de los versos? ¡Es el acróstico de tu nombre, o como se diga! Quevedo los tiene a cientos para disimular a los personajes que toma el pelo. ¡Lo dimos en Literatura!

—A r a c e l y... Pues sí, pero el mío no va con la i griega.

—¡Qué sé yo! No se habrá enterado, o es una licencia poética. Pero de que eres tú no caben dudas. Mira la firma.

—Joaquín Arévalo Tordesillas. No sé quién es.

—¡Mujer! ¿Cómo que no? ¡Joaquín, Chinín, el herido de Samos!

—¡Jesús! ¡Ése tan feo!

—Sí, sí, feo. ¡Rico y con título!

—Título, título... Conde de Lombriguiña es su padre.

Las amigas se despiporran de la risa con la broma de Araceli.

—¡De Lombriguiña, no! ¡De Nameliña!

—¡Bah! ¿Para qué quiero yo un título? Los tiene por docenas mi familia, metidos en un cajón y forrados en celofán. ¡Jamás se me ocurriría ponerme uno! ¿Os imagináis? ¿Yo, marquesa; en casita y toda tiesa? Eso es para mi primo Esteban, que le priva, y si en la tarea no se pierde, se quedará con el marquesado de San Juan de Carballo, que era de Pardo y Gago, allá por el xviii, e incluso más atrás si escarba un poco.

Y es cierto. La de Araceli es saga de abolengo, señores de Suevos, de Codesido, de la Torre de Mañente y de la Casa de Carrocid, con engarces a los Lemos, a los Arjona y a los Trastámara que el citado primo Esteban ya se encarga de llevar cuan lejos puede, hasta el rey Alfonso XI nada menos, en un libro que salvo él nadie ha leído porque es genealogía de cien mil nombres, dura prosa a todas luces, también para Araceli, que podría ver en ellos la estela gloriosa de su alta alcurnia.

—Ya sé que Chinín está loquito por casarse, pero mala carrera lleva si pierde el tiempo con ripios de naftalina. Ade-

más, es un creído. Las cosas como son.

Angelines parece asustarse del desprecio con el que su amiga se refiere al poeta, quizá porque pensaba verla como unas castañuelas.

—A mí me parece muy meritorio. Vino herido del frente y puso en riesgo su vida por nosotros. Además del título y los monises, ya lo admitieron en el Cuerpo de Mutilados de Guerra. ¡Es un héroe!

—¿Chinín un héroe? Un rasguño en el brazo y un apellido. Heridos son los que tengo yo en Santa María. Éste se fue a Samos muy contento. Cuatro semanas en cabestrillo, sopitas y buen vino.

—Para no conocerlo... no te falta detalle de su ficha.

—No esperaba que fuese él.

—¡Claro! Tú esperabas a Bécquer.

—Ramón escribe poesía y no lo hace nada mal.

—¡Ay, Ramón! Ya salió tu Ramón. Ahora resulta que también es poeta. Vivimos en el Parnaso y nosotras sin enterarnos.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene!

La advertencia de Cachita se debe a que el llamado Chinín, don Joaquín a todos los efectos dentro del Círculo de las Artes, atraviesa la puerta del Salón de Columnas y enfila el pasillo de la rotonda, donde las tres amigas lo destripan como arenque de Pomerania en salmuera. Al menos lo hace una de ellas, aquélla por la que mueve su cálamo, por la que bajan las musas a verle, por la que está dispuesto a compartir el condado paterno, la cama, una casa grande con torre de mortero, treinta vacas, veinte hectáreas y pare usted de contar, que hoy en día ese patrimonio no son aguas de borrajas. Él se tiene por marisco, es decir, soldado gallego de los que mandaron bordar un centollo en la solapa, un percebe, una nécora, una cigala, para decir al enemigo que, por encima de la chatarra, el gallego lleva al frente un surtido de vieiras, el marisco de su tierra y sus agallas. Chinín no fue marisco, repite Araceli sin que le oi-